

Escultura religiosa en Rentería

El pasado año, en el extraordinario de OARSO, hacíamos un comentario acerca del notabilísimo Retablo, llamado de las Animas (en rigor del Misterio de la Asunción de Nuestra Señora), de la Parroquia renteriana. Hoy vamos a seguir el mismo tema, de la «Escultura Religiosa» en la misma Parroquia. Escultura religiosa de siglos pasados.

Sin que quepa decir que es un Museo de Arte, la Parroquia de nuestra Villa cuenta en su recinto con ejemplares de Escultura muy dignos de mención. Otro año podríamos comentar otras obras, como por ejemplo el resto de un antiguo Sagrario de la Iglesia, obra él del eximio escultor guipuzcoano —natural de Alquiza— Ambrosio de Bengoechea, que hoy, desplazado de sus primitivas funciones de Sagrario y Ostensorio del Santísimo Sacramento en el Altar Mayor, ocupa un digno lugar en el Altar lateral de San Miguel. A propósito del cual Altar lateral, por cierto, podríamos hacer otro comentario acerca de su posible atribución, en muy buena parte, al gran escultor gallego-castellano Gregorio Hernández (trazado del Retablo, su valiente imagen titular de San Miguel, otro Angel más a su lado izquierdo, más la típica hernandeziana Inmaculada del centro).

Pero, dejando de lado por hoy estas obras, vamos a examinar dos curiosas imágenes procesionales de Semana Santa que tiene la gran Parroquia renteriana, imágenes que durante el año permanecen en una discreta reserva, para exhibirse, siguiendo una antigua tradición, en la solemnisima Procesión del Viernes Santo. Nos referimos a las tallas del *Ecce Homo* y la *Magdalena*. Todo el mundo renteriano las conoce. Nosotros no vamos más que a descubrir de ellas algo que merece la pena de conocerse.

• • •



Ecce Homo de San Vicente de San Sebastián

Del *Ecce Homo* no vamos a hacer más que compararlo con otro *Ecce Homo*, muy conocido como ejemplar curioso de la escultura guipuzcoana, de autor comprobado. Nos referimos al *Ecce Homo*, procesional también, de la Parroquia de San Vicente de San Sebastián. Obra muy apreciada, de la notable gubia del escultor donostiarra Arizmendi, quien por cierto, ejecutó el grupo de la Asunción del actual Altar Mayor, diseñado por Ventura Rodríguez.

Es un ejemplar de inspiración hernandeziana en el género de pasos de la Pasión. Llama la atención por el realismo anatómico del personaje, concretamente por su encarnación impresionantemente blanda, blandura en la que supera al propio Hernández, aunque con ninguna ventaja

para el arte de la obra. Le falta la grandeza y dignidad de la concepción de las obras del escultor castellano.

Del asombroso parecido de ambos *Ecce Homo*, el de San Sebastián y el nuestro de Rentería, no es necesario hacer ninguna ponderación. No sólo la postura del personaje es la misma, sino también el modelo que se ha tenido presente. Pero sobre todo, aquella su llamativa blandura de carnes. Falta total, no sólo del atletismo de las figuras de un Jerónimo de Larrea y un Juanes de Anchieta, sino aun de la alta dignidad dentro de la suavidad de expresión de las magníficas estatuas procesionales del gran Gregorio Hernández. Pero, en medio de todo, una notable escultura dentro de su género, y un curioso testigo de cierto proceso artístico de nuestra Provincia.

• • •

La *Magdalena* que se exhibe al pie del Cristo Crucificado en la referida procesión, nos va a merecer otro comentario muy distinto del que acabamos de hacer del *Ecce Homo*. El comentario se va a referir más bien a la historia externa de la Imagen.



La Magdalena procesional de Viernes Santo

Internamente la obra es muy notable —quizás tanto o más que la del *Ecce Homo*—. La expresión de circunstancias del rostro de la Santa, está muy bien lograda. Expresión piadosa. (Más bien que dolorosa, propia del pie de la Cruz.) Pero muy dignamente lograda. El modelo muy bien escogido, de facciones agradables y dignas al mismo tiempo; muy diestramente llevadas a la madera.

A la historia externa de la imagen pertenece la disociación entre los sentimientos de esta escultura y el destino que hoy se le ha asignado al pie de la Cruz. Es que esta talla no es de la «Magdalena dolorida» del Calvario, sino más bien de la «Magdalena penitente» de la Cueva de Arlés, donde es tradición hizo vida de penitencia la Santa después de la dispersión evangelizadora de los Apóstoles.

Como se observará, ella guarda la misma actitud de las Magdalenas penitentes, —recuérdese el precioso ejemplar de Ribera en el Museo del Prado— de rodillas frente a una Cruz de palo, con el vestido completamente raído y —Alonso Cano la hubiera vestido de túnica de hojas de palmera— vestido raído, despedazado, a través del cual el escote del cuerpo es muy notable, dejando ver buena parte de piernas y brazos; visibilidad que, andando el tiempo, provocó una campaña de recubrimiento de tales, más o menos provocativas desnudeces de la imagen. En el caso de nuestra Magdalena renteriana, es muy notable el recubrimiento, a base de una ropita sobrepuesta al cuerpo de la Santa, ropita luego embadurnada con un baño de cola, más otra mano de mala pintura de almazarrón. Véase la adjunta ilustración.

La referida campaña de adecentamiento de las imágenes «provocativas», concretamente de la Magdalena, produjo an-

taño en muchas partes casos muy curiosos, de los cuales recordamos nosotros el de una Parroquia vizcaína, donde a consecuencia de una Visita Canónica, la Autoridad Episcopal ordenó se disimulase de algún modo la relativa desnudez de una muy buena talla de nuestra Santa, Titular ella de la Parroquia y muy venerada en el pueblo por lo mismo; orden episcopal a la que el Párroco del lugar dió una de las satisfacciones más ingeniosas, disponiendo frente a la persona de la Santa en el nicho central del Altar un verdadero seto de azucenas —altas azucenas— tras de las cuales en adelante no se vería más que la bellísima cabeza de la Santa, obra ella, sin duda, de un no mediano escultor, —¿Mena? ¿Carmona?— que en el mismo plan de esplendidez artística había tallado también el cuerpo, más o menos escotado según el uso, de la magnífica talla.

En nuestro caso de Rentería la solución fué más fuerte: a base de tela, cola y pintura. Pudo haber sido peor. Peores son aún los retoques de pincel de brazos y cuellos en lienzos y tablas de Madonas del Renacimiento; retoques que tan frecuentes fueron aun en notabilísimos cuadros, que pertenecieron alguna vez a personas timoratas y escrupulosas en esta materia. A la Magdalena de Rentería cabe, después de todo, despegarle los encolados trapitos, que la recubren tan lastimosamente.

Otra nota histórica pertinente a esta imagen, es que, según una tradición muy verosímil, ella procede de la antigua Ermita de Añarbe, de donde, y juntamente con varias imágenes más, se hubo de traer a la Parroquia cuando la supresión de la Ermita, allá hará cosa de cien años.

MANUEL DE LECUONA

Belleza renteriana



Indudablemente, Rentería es un pueblo de una gran onda expansiva. En las circunstancias más insólitas, en las manifestaciones más inesperadas, siempre que unas y otras tengan algún relieve, no es difícil hallar un renteriano.

En este caso, una renteriana. Se trata de María Angeles Menchaca Odriozola, nacida en el cogollito de la Villa, nada menos que en la castiza calle de Capitanenea y, por gracia de su gracia, Fallera Mayor de las calles Alberique y San José de Calasanz, de Valencia, durante varios años; habiendo sido abundantemente celebrada por sus electores, que no le han escatimado poemas y flores.

Y es que, como en Rentería no tenemos fiestas con elección de reinas, damas de honor, cantineras y todo eso, nuestras bellezas tienen que hacer la guerra por su cuenta. Y en campo ajeno, que tiene más mérito.

Miren por donde, Rentería, sin fallas, cuenta con una guapa fallera.

¡Enhorabuena!

GOIZAGIA